

Hacía días que Estrid no salía del hospital, y

aunque los médicos aseguraban que pronto saldría de allí, la espera le resultaba eterna. Pero aquella calurosa mañana de marzo, de celeste cielo despejado, le dieron el alta.

Tras avisar a Venser de aquella noticia, se apresuró en recoger todo y salir lo antes posible.

Alrededor de mediodía, las puertas del hospital se abrieron para, por fin, dejarla salir. Entonces, mientras el rostro de Estrid oscurecía de pavor, un gigantesco asteroide impactaba en el edificio.

~ ~ ~

Después de otro giro, el automóvil se detuvo, dejando al copiloto en la vía del Metro:

-Dentro de dos horas deberás estar aquí, si no, me veré obligado a irme sin ti. Lo siento, Venser; pero no puedo darte más tiempo o las patrullas nos encontrarán...-explicó el conductor.

-Con ese tiempo debería bastarme.-contestó el otro.

Momentos después, Venser se tornó y desapareció en la penumbra. No mucho más tarde, llegó a la estación, subió al andén y tras unos minutos ascendiendo por

una serie de estrechos túneles aparentemente infinitos, apareció en un apartado recóndito de la plaza mayor.

No parecía la ciudad que él recordaba: calles vivas y siempre abarrotadas, por las que pasaba todo tipo de gente, edificios altos e imponentes, con decenas de ventanas y pequeños

balcones, que albergaban plantas de todos los tipos y colores. La ciudad en la que había aparecido él tenía un remoto parecido: no había nadie en toda la ciudad; decenas de escombros, basura, cristales y desperdicios habían quedado esparcidos por el suelo; la gran mayoría de edificios se habían derrumbado o inclinado, y todas las ventanas estaban rotas; los árboles habían crecido e impedían el paso por algunas de las calles más estrechas, y la persistente lluvia había creado estrechos riachuelos y charcos por toda la plaza. Era increíble pensar que solo había pasado un mes desde el incidente.

- Esto es mucho peor de lo que nos cuentan en las noticias... - pensó Venser.

Pero, a pesar de todo; allí estaba: el gigantesco meteorito había quedado incrustado en la fachada del hospital y de los edificios contiguos, dejando aún más escombros. Venser se sintió impotente; aquel pedrusco era tan grande que le resultaba, de alguna manera, intimidante. Su vista se vio atraída a un pequeño objeto rectangular que yacía en el suelo, y no pudo resistir la tentación de ir a ver lo que era.

Estrid se despertó jadeando; yacía bajo el tronco de un pequeño árbol caído y tenía un preocupante corte en la pierna izquierda; hizo un gran esfuerzo y consiguió quitarse el árbol de encima, y, tras ir cojeando hasta un agujero en la pared del edificio, irónicamente, entró de nuevo en él. Fue entonces cuando se paró a admirar el asteroide: este tenía tal tamaño que cubría la parte izquierda del edificio prácticamente al completo, y dejaba la superficie del meteorito visible desde todo el interior del hospital. Estrid se acercó un poco más a este, y se sintió misteriosamente atraída a tocarlo; y, al hacerlo, vio momentáneamente su reflejo en él.

No había duda, aquel era el móvil de Estrid; pero la pantalla tenía tantas grietas que probablemente no se pudiese arreglar. Cubrió el móvil con su cuerpo para que no lo acabara de estropear la lluvia mientras intentaba encenderlo; sin éxito. Poco después, se lo guardó en el bolsillo y, alarmado, siguió el rastro de sangre que lo guiaba al interior del hospital.

Maldijo en voz baja: el rastro llegaba hasta el asteroide, y, una vez allí, desaparecía;

miró el reloj que anunciaba la hora desde la pared de la recepción: su tiempo se agotaba y ya había perdido una preciosa media hora. Por lo que, sin perder más tiempo, se adentró en el edificio.

Pocos minutos después, contuvo un grito: a lo largo del pasillo, decenas de cuerpos sin vida yacían en el suelo, con miradas vacías que en algún momento expresaron pánico; paredes manchadas de sangre y polvo, y en algún punto, derruidas; puertas abiertas y destrozadas; y, lo más alarmante de todo: un rastro de pisadas escarlata que lo guiaban a través del pasillo.

Venser tenía el corazón en la garganta: las pisadas le habían llevado hasta allí; la habitación 213, la habitación de Estrid; la puerta estaba entreabierta, y, a diferencia de las demás, no tenía ningún rasguño. Venser se acercó a la puerta, y, acorrajado, abrió la puerta con un leve golpe: la habitación estaba vacía, intacta y polvorienta; la luz estaba fundida, por la ventana se colaban la lluvia y un viento gélido, que habían calado su abrigo; por suerte, no había sangre ni cuerpos por la zona, lo que debía indicar que Estrid seguía viva.

Se giró para salir de la habitación, mas sus piernas no le respondían y el miedo lo había paralizado: en el umbral de la sala había una silueta humanoide completamente negra y sin rostro, a excepción de dos brillantes ojos carmesí, cubierta por un homo negrozo y cuyos pies tenían grandes manchas rojizas.

-¡Vete! -gritó, con una voz profunda y áspera, que resonó por todo el edificio, mientras apretaba con ira los puños, justo antes de que la criatura se volatilizase; dejando una estela azabache.

Venser se derrumbó en el suelo, con la sangre hirviéndole en los oídos, el corazón en la garganta y las piernas temblando. No tardó en levantarse y salir corriendo de la habitación.

-¿Qué narices ha sido eso? -murmuró, aún corriendo.

Corriendo y tambaleándose por igual, Venser llegó a la recepción y miró de reojo el reloj: tan solo le quedaban quince minutos, y todo había sido en vano; dado que no la había encontrado. Entonces reparó en el meteorito y se sintió misteriosamente atraído a tocarlo. Se acercó a este con la intención de hacerlo, pero en el último momento escuchó una voz femenina tras de sí:

-¡No! ¡Venser, detente! -vociferó.

Se dio la vuelta asombrado: aquella voz le era conocida... Mas, lo que se encontraba detrás de él, era, de nuevo, la sombra. Entonces, la criatura parpadeó literalmente: desapareció por

instante, para reaparecer en forma de moribunda chica, de largo pelo azabache y descuidado, que caía en cascada por su espalda, piel pálida y ojos grandes y dorados. Había una profunda incisión en su pierna y se mantenía a duras penas de pie.

- ¡No hay tiempo! ¡Ellos van a venir! - le dijo, mirando asustada hacia arriba, mientras parpadeaba de nuevo. - Dudo que pueda detener su control mental mucho tiempo más...

- Estrid, ¿qué te ha pasado? - preguntó Venser, dando un paso hacia delante, mientras Estrid volvía a cambiar.

- Están en mi cabeza, Venser. No puedo hacer nada para remediarlo, al tocar el meteorito, no solo me convertí en un monstruo; una sombra de lo que fui, sino también en un faro. En no mucho tiempo estarán aquí, y todos estaremos perdidos... No has visto lo que son; no has visto lo que pueden llegar a hacer, si llegan a la Tierra, no quedará nada a lo que llamar así. - explicó, ahora más calmada, pero aún visiblemente atterada. - ¡Vete! La decisión está tomada... Si yo desaparezo, no deberían poder llegar aquí; en unos minutos, el hospital se desmoronará, llevándome consigo. - continuó, con la voz entrecortada, mientras un siniestro humo la volvía a cubrir.

Venser intentó replicar, pero Estrid ya no parecía escucharle; la criatura se acercó a él con pasos calmados y decididos, mirándolo fijamente; le agarró del cuello y le levantó de manera que no tocase el suelo. Entonces, y con una alarmante satisfacción en los ojos, comenzó a aplicar presión.

Venser notó como el aire desaparecía poco a poco, sus manos se fueron al cuello por acto reflejo, intentando en vano soltarle. La presión no aligaba lo más mínimo, y tampoco lo hacía la satisfacción en los ojos del monstruo. El oxígeno le estaba abandonando; no iba a salir con vida de allí. En el último momento, la presión cesó y cayó de rodillas al suelo; los ojos de la sombra se volvieron áureos como el oro y el humo se retiró de su cara por un momento, el suficiente para que Estrid pudiese gritar:

- ¡Vamos, lárgate! - chilló, con una voz a punto de romperse.

Aquello le dio la fuerza necesaria para levantarse y correr; sin poder pensar mucho en todo lo ocurrido, pues sabía que, si lo hacía, no podría marcharse. Llegó tambaleándose hasta la boca del Metro y, tras un último vistazo al hospital, donde Estrid luchaba consigo misma para no ir tras él, se adentró en el Metro, y mientras bajaba por los laberínticos túneles subterráneos, escuchó un sonido atronador. Simultáneamente, una lágrima recorrió su mejilla.